

Nota aclaratoria

Este libro está compuesto por doce biografías de mujeres panameñas a las que conocí en mi voluntariado en Panamá. Para preservar sus identidades he optado por nombrar a cada una de ellas con el nombre de una flor.

Las ilustraciones que acompañan los textos han sido realizadas por ilustradoras sin ánimo de lucro. Algunas de ellas son estudiantes de Bachillerato del IES Mar de Alborán. Con este proyecto no sólo he querido darles voz a las vivencias de las mujeres de Panamá, sino también ayudar a que estas chicas se den a conocer haciendo lo que más les gusta. Para ello, sólo contaron con la información que pudieron leer en las mismas biografías que están aquí publicadas: no les enseñé fotografías ni les di detalles sobre el físico de esas mujeres. Quería que fuese un ejercicio de imaginación e introspección.

Esperamos que lo disfrutes.

Prólogo

Más que un proyecto, La Escuelita, es un grupo que va más allá de las palabras que se ha ido tejiendo con las historias de viajeros, voluntarios, coordinadores, familias y mujeres valientes que forman parte de este maravilloso propósito de vida.

Este libro es una mirada al interior de cada mujer del grupo «Uniendo Sueños» del proyecto «La Escuelita». Una iniciativa que nació con las ilusiones y sueños de los fundadores de la asociación Adventure Volunteer.

La esencia del grupo reside en el vínculo entre las mujeres que, juntas, han construido un espacio donde la solidaridad, el crecimiento personal, los sueños y metas florecen como las flores en el territorio panameño.

Este rincón de la casa azul ha sido el espacio de oportunidades y el puente entre voluntarios, las mujeres y sus hijos. Un lugar donde las mujeres pueden ser ellas mismas, darse cuenta de sus capacidades y donde pueden permitirse crecer y lograr sus metas, además de compartir risas, lágrimas, tristezas, alegrías y conocimientos con personas de otros lugares del mundo con diferentes culturas y costumbres.

Este libro es mucho más que un compendio de historias: es una mirada a la fuerza colectiva de estas mujeres que han desafiado y superado muchas barreras. Gracias a estas pá-

ginas serás parte de sus experiencias, desafíos superados y, sobre todo, de la riqueza de sus emociones. Cada relato es un testimonio de la capacidad de transformación que reside en cada una y que, en muchas ocasiones, ellas no ven.

Cada una ha contado parte de su historia, redefiniendo lo que significa ser fuerte, independiente y dueña de su destino. Este libro es un reconocimiento a sus logros. Aunque a los ojos de otros sus avances parezcan escasos, en sus vidas suponen enormes cambios. Además, es un eco de sus voces y muestra de la diversidad que se vive en la casa azul.

Que estas páginas sirvan de inspiración y motivación a muchas otras mujeres extraordinarias. Que inspiren a otros a reconocer su propio valor y a participar en la construcción de un mundo donde todos puedan florecer como lo han hecho las mujeres del proyecto «La Escuelita» en las tierras panameñas.

Con admiración, cariño y amor....

Evelyn, coordinadora de La Escuelita.



Cintia. Ilustración de María José Maldonado Ariza.

Cintia, 42 años

Es la pequeña de tres hermanos. Cintia y su hermana mayor se llevaban seis años, mientras que con el mediano sólo cuatro. Nunca tuvo una relación estrecha ni con su hermana ni con su padre. Sus progenitores convivían en la casa con ellos, pero Cintia nunca sintió que se quisieran de verdad. Su padre era un hombre muy distante que bebía y, a veces, regañaba muy duramente a Cintia. La casa familiar estaba ubicada cerca de los Cajones de Chame, por lo que su madre apenas estaba en el domicilio porque era maestra y de lunes a viernes trabajaba fuera del pueblo.

En ese clima familiar, nunca se sintió cómoda ni valorada e, incluso, sus compañeros del colegio tenían que ayudarla con las tareas porque, estando ya en sexto grado, aún le costaba leer y escribir. Su madre no podía ayudarla porque solo estaba en casa de viernes a domingo y su padre no se interesaba por los estudios de sus hijos.

Cuando sus hermanos pasaron a la secundaria se mudaron a Ciudad de Panamá junto con su tía, de modo que Cintia se quedó sola con su padre. Aquella época fue dura para los dos jóvenes porque su tía les mandaba hacer la gran mayoría de las tareas domésticas, además de tener la obligación de sacar buenas calificaciones. Ella tenía tres hijos, varones todos, y a la hermana mayor de Cintia le hacía lavar y planchar toda la ropa de ellos.

Su hermano consiguió acabar sus estudios de mecánica, pero nunca ejerció. Su padre era soldador y le enseñó sin tener que ir a la escuela, de modo que actualmente tiene esa profesión.

Cintia ingresó en la universidad. Un test que le hicieron afirmaba que su carrera idónea era contabilidad y empezó a estudiarla. Sin embargo, no sintió pasión en ningún momento: «Los profesores no me transmitían». Veía, desilusionada, que la manera de sacar buenas calificaciones era alabando a los docentes. A eso se le unía que sufría de ansiedad y dolores agudos de cabeza debido a la presión emocional que sintió desde pequeña.

Tras una discusión con su padre, resolvió, apoyada por su madre, mudarse a casa de su tía. Fue ella la que se dio cuenta de la falta de motivación de su sobrina. Con el apoyo de su tía y de su madre, Cintia tomó una decisión: «No seguí estudiando». Poco tiempo después, la tensión con su padre se enfrió y volvió a casa.

Con veintiún años, se comprometió. Actualmente, ella siente que tomó aquella decisión muy joven y demasiado pronto: «Uno, a veces, es muy conformista». Se quedó embarazada, pero a los dos meses de gestación, se le bajó la bolsa y perdió al bebé. En esos escasos meses, su marido no se preocupó por ella y Cintia se sintió muy sola. Para su sorpresa, fue su hermana quien estuvo a su lado y quien la llevó al hospital cuando empezó a sangrar.

Su hermana falleció hace dieciocho años. Le encontraron piedras en el riñón y fue ingresada en el hospital. Sin embargo, los médicos decidieron no operarla y le administraron un

tratamiento que, al poco tiempo, le dañó el intestino grueso y empezó a necesitar donaciones de sangre diarias. Por aquel entonces, tenía veintiocho años y un hijo de dos. Todos los días, tanto Cintia como su madre, iban a visitarla al hospital. Antes de entrar en la UCI, Cintia recuerda un último enfado: su hermana le pidió agua, pero tenía prohibido beber cualquier tipo de líquido, por lo que Cintia no le dio nada y la acusó de ser una «mala hermana». Poco tiempo después, fue ingresada en la UCI y falleció. Días antes, Cintia recuerda un sueño que tuvo en el que su hermana se despedía de ella.

Cintia piensa que «Dios sabía lo que estaba haciendo» porque, el día en el que falleció, ella fue con su madre al hospital y, al menos, «no murió sola». Desde entonces, todas las noches, su madre deja encendida una luz en la casa.

Después de aquello, la madre de Cintia empezó a ser más cariñosa con ella y a cambiar su actitud. Cintia comprende que su madre ejerció la maternidad lo mejor que pudo ya que su padre murió cuando ella tan solo tenía nueve años y fue la única de todos los hermanos que estudió.

Pasado un tiempo, Cintia, tras pensárselo mucho, se mudó a la casa que iba a heredar su hermana mayor. Su madre fue, precisamente, la que le animó a hacerlo: «Agarré valor y me mudé un dos de noviembre», recuerda. Esa casa estaba al lado de la de sus padres y también empezó a dejar una luz encendida por las noches: «No sé si fue por mi hermana o por miedo».

Desde la pérdida en su primer embarazo, tuvo dificultades para volverse a quedar encinta. Empezó a trabajar en un restaurante y, cuando con veinticuatro años se quedó nueva-

mente embarazada, dimitió y se empezó a ocupar de la casa y de su marido. Tenía miedo de que le ocurriese algo similar a su primer embarazo y, por ese motivo, acudió al hospital para que le realizasen una serie de pruebas. Sin embargo, cuando le dijeron el coste total de aquéllas, se dio cuenta de que no podía pagarlo y tuvo que marcharse a su casa con el miedo en el cuerpo aún instalado en ella. Una de las pruebas consistía en un ultrasonido que costaba cincuenta dólares. Cintia consiguió ahorrar aquella cantidad y pudo hacerse-la tiempo después. Entonces supo que era un embarazo de riesgo y se mudó a casa de su madre. Recuerda que su padre fue a buscarla y que cada vez que iba al hospital, la barriga se le endurecía. Su hijo se movía constantemente dentro de ella y tenía que soportar los dolores que aquello le producía. Afortunadamente, el parto salió bien y dio a luz a un niño.

En esos meses, ella estaba segura de que alguien le había echado un mal de ojo y tenía claro que no iba a volverse a quedar embarazada de nuevo más adelante. Aquella idea se hizo más fuerte cuando nació su bebé. Los primeros meses, él sufrió de altas fiebres que le hacían convulsionar y Cintia tenía que llevarle rápidamente al hospital, lugar donde sentía que apenas le solucionaban nada: «Se ponía malo muchas veces». Ella siempre estaba pendiente de que su hijo no pasara frío y de que no se mojase con la lluvia. Con seis años lo pudo llevar a un especialista y su marido y ella tomaron la decisión de mudarse a la capital.

Su padre enfermó y falleció hace ocho años: «No sé si tuvo una enfermedad o fue brujería». Cintia está casi segura de que fue esto último porque los médicos nunca descubrie-

ron qué enfermedad tenía. Estuvo varios años enfermo, hasta que un día se le subió la tensión y no pudieron hacer nada por salvar su vida: «Fue algo muy duro. Yo lo vi fallecer».

Ella recuerda que todos los días iba al hospital para limpiarle el cuerpo porque le salían una especie de escamas por toda la piel. Más tarde, la mudó por completo: «Él era moreno y varias zonas de su cuerpo se quedaron blancas». Le hicieron numerosas pruebas, pero nunca supieron qué tenía. Además, se le gangrenaron todos los dedos del cuerpo.

Poco tiempo antes de ser ingresado por última vez, su madre se cayó en la casa y Cintia se la tuvo que llevar al hospital porque se había dañado el fémur. Tuvieron que trasladarla a varios centros de salud porque no había habitaciones disponibles. Finalmente, la operación fue un éxito, salvo por una alergia que desarrolló en el proceso de recuperación. Justo entonces, fue cuando su padre empezó a dar indicios de empeoramiento de su enfermedad y el hermano de Cintia se lo llevó a otro hospital.

Durante esa época, Cintia acudía al hospital a cuidar de su padre y, luego, se trasladaba a su casa a cuidar de su madre y a inyectarle un medicamento para mejorar la circulación después de la operación. Al principio, recuerda, que le supuso un gran esfuerzo pinchar a su madre, pero ella le decía que quién iba a hacérselo si no. No le quedó más remedio que hacer de tripas corazón y aprender a hacerlo lo mejor posible.

Además, su padre estaba esperando un trasplante de corazón. El día en el que falleció, le dijo a Cintia que le habían hecho brujería, que él lo sentía en su cuerpo. Su padre había establecido contacto con un curandero para que le quitase